

tintos entre sí, pero todo material; aquellos nos aseguran que en el hombre y en la naturaleza no hai nada real sino la materia. De esta manera pretenden arrancarnos de nuestro camino comun y empeñarnos en el laberinto de las conjeturas: nos hablan de una manera ininteligible, con el fin de sumergirnos en una duda caprichosa, que ellos mismos, si hablaran con sinceridad, confesarían que les era imposible tener. Opongamos pues á estos miserables juguetes de una razon extraviada, el testimonio de la conciencia, los resultados de la observacion, la fe del género humano y la voz de la religion cristiana: no necesitamos de otra cosa para comprender la naturaleza del alma.

Tales son efectivamente los medios de que podemos servirnos con entera seguridad, para establecer con solidez los fundamentos en que descansa el dogma de la *espiritualidad del alma*. El que quiere imponerse á fondo de una verdad, entra primero en sí mismo y consulta á su conciencia; aplica luego su razon á lo que pasa fuera de él; consulta en seguida la opinion de los otros; y por último, á fin de asegurarse mas, escucha la voz de Dios en aquellas cosas que de algun modo pertenecen al destino del hombre. Si todos estos caminos le conducen á un mismo término; si todo le suministra las mismas instrucciones; si su conciencia, su razon, el género humano y Dios mismo, le aseguran de una misma cosa, adquiere sin duda sobre la existencia de ella el último grado de evidencia, descansa tranquilo en la posesion de su verdad; y apoyado en las pruebas de que se ha servido, no vacila un instante, por mucho empeño que tomen en derrocarlo la impostura y el error. Podrá tal vez no responder á todas las objeciones que se le opongan; mas esto nada importa para él, porque la evidencia de sus pruebas le ha persuadido, muy de antemano, que nada pueden las dificultades que es capaz de fingir un ingenio agudo y sofisticado para oscurecer, ni aun en parte, las verdades que tiene ya tan sólidamente demostradas. Entremos pues en materia.

CAPITULO I.

TESTIMONIOS DE SENTIDO ÍNTIMO EN FAVOR DE ESTA VERDAD.

Hai en el alma un sentido interior y constante, que nos advierte de todo cuanto pasa dentro de nosotros mismos. Nuestra existencia, nuestros pensamientos todos, nuestros

gustos y nuestros pesares; las turbulencias de las pasiones, ó el dominio que se tenga sobre ellas; el placer ó el dolor; las benéficas inspiraciones de la virtud, ó los crueles y atroces remordimientos del vicio; todo lo sabemos por este sentido interno que no descansa ni emudece jamas. Sin él lo ignoraríamos todo profundamente, y en la impotencia en que nos hallásemos de saberlo, seríamos incapaces de comunicarlo á los otros; y de esta manera la historia secreta del corazon seria totalmente ignorada de los hombres. Pero no sucede así, porque todos escuchamos esta voz, y la experiencia constante de todos los dias, nuestro lenguaje comun, y la conducta del hombre en las situaciones de la vida, prueban evidentemente su existencia. Este sentido íntimo se conoce comunmente con el nombre de *conciencia*. Consultemos pues á este oráculo, reconocido por casi todos los filósofos, como un testimonio infalible de verdad, cuando se trata de la existencia de todo lo que pasa dentro de nosotros mismos.

“Yo siento en mi interior que existo, siento la presencia del YO, ó digase de la personalidad humana: ninguna fuerza es capaz de arrancarme esta persuasion, y en consecuencia, de presentarme bajo el carácter de falsedad el íntimo y profundo sentimiento de mi ser. Es así, que no siento yo, ni la existencia, ni la figura, ni la estructura de mi cerebro, ni de alguna parte interior de mi cuerpo; luego cada una de estas partes, y todas juntas, no constituyen el YO; luego lo que he sentido es una cosa diversa de mi organizacion interior: luego el alma es una sustancia diversa del cuerpo. Todavía hai mas: lo que yo he sentido no me ha dado las ideas de extension, de figura y de impenetrabilidad, ideas tan esenciales á la materia, que sin ellas es absolutamente imposible el concebirla. Luego el YO, ó la personalidad interna que concebí, no es ni puede ser una cosa material, y en consecuencia, el alma, que es este YO concebido, es una sustancia espiritual.”¹

Un anciano comprende, por la voz de su conciencia, que existe en su interior el mismo individuo que existia hace noventa años; siente que este individuo, en tan largo espacio de tiempo, ha recibido diferentes ideas, formado multitud de juicios, pasado por muchas alternativas; que el placer ó el dolor, la alegría ó la tristeza, el contento ó la desazon, le han dominado á su vez por causas diferentes, en tiempos separados y en circunstancias muy varias: sabe y conoce que las relaciones en que se halla con los otros individuos de su

¹ Bergier.

especie han hecho nacer y morir sucesivamente en él la sospecha, el disgusto, la simpatía, la adhesión, el amor ó el odio; y sabe, por último, que en las vicisitudes de la vida humana no ha sido extraño á ninguna clase de sentimientos. Pero también advierte, que todas estas modificaciones varían y desaparecen totalmente, sin que haya dejado de existir un solo instante el sujeto interior que las recibe: reconoce que tales modificaciones no constituyen su YO; que este YO es una *sustancia*, es decir, una cosa que subsiste independientemente de sus modificaciones, una cosa que no podría dejar de existir sin que acabase la vida humana, que es su verdadero ser, su alma, en fin, y una alma que nada tiene de común con la naturaleza de la materia organizada.

Este sentimiento de nuestro ser no corresponde absolutamente á ninguna de las impresiones que hacen en nuestros sentidos los objetos que están fuera de nosotros; es pues evidente que no puede venirnos de fuera. Este sentimiento no nos revela ni la naturaleza, ni la existencia, ni el carácter de nuestra organización física: luego es claro que no viene de ella. Quitada la materia inorgánica y la materia organizada, no queda más que el espíritu: luego es claro que el sentimiento de nuestra existencia nace del interior de nosotros mismos; que este interior, que trasmite tal sentimiento, es un espíritu, y por consiguiente, que el alma es una sustancia espiritual.

Un ser privativamente afectado de cierta clase de sensaciones, reducidas á él, sentidas únicamente por él, es realmente distinto de cualquiera otro ser sensitivo; siendo realmente distinto, es uno y simple: veamos la prueba de esto. Un ser que se siente á sí mismo, no puede sentirse en otro: Pedro ignora lo que yo siento, yo ignoro lo que siente Pedro; su sensación no es la mía, mi sensación no es la suya: he aquí un hecho de cuya existencia responden unánimemente la experiencia y el sentido íntimo. ¿Qué se necesitaría para que así no sucediese! Que pudiera componerse ó dividirse la personalidad humana; que pudieran reunirse en un sentimiento común ó individual varios sentimientos parciales de la propia existencia, de las propias ideas, de las mismas emociones; ó que pudiera reducirse á piezas el sentimiento de la propia existencia, á fin de que fuera capaz de repartirse entre varios, y pudieran sentirse existiendo, pensando, gozando ó padeciendo los unos en los otros. ¿Y á quién le ha ocurrido jamás admitir esta cadena no interrumpida de los más ridículos y monstruosos absurdos! Luego es claro que el acto de sentir, primer atributo de la facultad de pen-

sar, es incompatible con la composición y la división; lo es, por tanto, con la extensión; lo es, en suma, con la materia.

Pero qué, ¿la palabra no es un vínculo de comunicación entre los hombres, y un medio suficiente y eficaz de reunir á muchos seres sensitivos, uniformando sus sentimientos y también sus ideas! Esto es incuestionable; mas nada se infiere de aquí contra la individualidad del principio que siente. Las palabras no tienen tal conexión con las ideas y los sentimientos, que siempre transmitan las unas ó los otros; y la mejor prueba de esto es la frecuencia con que discrepa lo que hablamos de lo que sentimos. La hipocresía, el disimulo, el engaño, el doblez, y aun la reserva misma, han hecho mil veces de la palabra un instrumento vil, de que se sirven, contra la virtud y el candor, la seducción, la perfidia y la impostura. Por otra parte; aun cuando pasaran con la palabra los sentimientos del que la produce, nunca se inferiría de aquí, que Pedro se sintiese á sí mismo en mí, ni yo me sintiese en Pedro, sino que él estaba sintiendo lo mismo que yo; pero siempre con tan absoluta separación uno de otro, que en el mismo instante de estar experimentando él el mismo sentimiento que yo le hubiese comunicado por mi lenguaje, no podría asegurar, si aun existía, ó había dejado ya de existir en mí este sentimiento; su sentimiento y el mio serian semejantes, iguales del todo, si se quiere, pero no idénticos; porque la identidad excluye toda composición y división.

Toda materia organizada, por muy exquisita y delicadamente distribuida que se halle, será siempre una reunión de partes realmente distintas, colocadas unas fuera de las otras; aunque todas en inmediato contacto, siempre separables: en consecuencia, es imposible que estas partes, así reunidas, produzcan una alma ó un principio sensitivo. Luego la existencia de este principio excluye toda composición y división, y es, en consecuencia, verdaderamente inmaterial.

CAPITULO II.

PRUEBAS SACADAS DE LA OBSERVACION SOBRE LO QUE PASA FUERA DE NOSOTROS.

¿El pensamiento es incompatible con la materia! He aquí una cuestión cuya resolución pende del examen que se haga de uno y otra. Hemos visto ya qué es el pensamiento;

veamos ahora qué es la materia; pues solo de este modo podremos discurrir con los datos necesarios.

Se llama materia todo lo que afecta á nuestros sentidos, es decir, todo lo que vemos, olemos, gustamos y palpamos. No es esta una definición, sino una manifestacion simple, que basta para que todo el mundo nos entienda. Es pues la materia el conjunto de todos los objetos que pueden afectar nuestros sentidos, y cada uno de estos objetos se llama cuerpo. ¿Cuál es la esencia de los cuerpos? Si para resolver esta cuestion, fuera indispensable señalar aquel atributo primitivo del cual traen su origen todos los demas, seria preciso renunciar á la empresa, pues este primer atributo de las cosas es y ha sido siempre un misterio impenetrable para la razon. Mas para comprender la naturaleza del cuerpo y saber lo que conviene y lo que repugna á su esencia, basta descubrir aquellas cualidades que le son propias y tan esenciales, que seria imposible, no solo que existiese, sino aun que se le pudiera concebir sin una sola de ellas. Ahora bien: aplicándonos al exámen de los cuerpos, descubrimos en ellos tres cualidades, sin las que no pudieran existir, ni aun siquiera ser concebidos por nuestra razon: estas tres cualidades son la *extension*, la *impenetrabilidad* y la *inercia*. En efecto, todo el mundo ve que un cuerpo cualquiera está compuesto de una multitud de partes, que estas partes están colocadas unas despues de otras, que esta colocacion sucesiva las hace ocupar á todas un espacio mayor ó menor; y como esto es lo que constituye la *extension*, se convence de que esta es una propiedad de la materia.

Para que esta multitud de partes no necesitaran estar colocadas una despues de otra, seria necesario que una de ellas pudiera ocupar el lugar que otra ocupase sin desalojarla de él; pero esto es imposible. Háganse cuantas experiencias se quiera, nunca llegará el caso de que un cuerpo ocupe el lugar que otro tiene, sin desalojarle antes de él: porque tan luego como un cuerpo va á ocupar cierto lugar, si este lugar está ocupado ya con otro cuerpo, la superficie de este detiene á aquel, y de aquí no puede pasar, si una fuerza eficaz no le allana este obstáculo, retirando el cuerpo que le detiene. Esta incapacidad pues, que tienen los cuerpos de ocupar á un mismo tiempo un mismo espacio determinado, es lo que se llama *impenetrabilidad*.

Finalmente, es un hecho constante que los cuerpos no tienen en sí mismos un principio de movimiento, y antes bien necesitan para moverse, de un agente exterior que les saque del estado de quietud. Este agente, que aplicado á los

cuerpos para ponerlos en movimiento, sirve tambien para detenerlos cuando se están moviendo ya, se llama *fuerza*; de donde resulta, que la fuerza es un agente que obra en los cuerpos para hacerlos variar de estado. Esta indiferencia, ó sea falta de espontaneidad que notamos en los cuerpos respecto de su situacion, es lo que se llama *inercia*. Visto ya en qué consisten la extension, la impenetrabilidad y la inercia, solo resta deducir algunas consecuencias. Consistiendo la extension en la colocacion de las partes que componen un cuerpo, es claro que el todo puede ser dividido en cuantas partes tiene; y como es indefinido el número de sus partes, cualquiera cuerpo es indefinidamente divisible. La divisibilidad es una consecuencia precisa de la extension: siendo pues esta esencial á la materia, lo es igualmente aquella.

Una cosa esencialmente extensa y divisible, es esencialmente compuesta, pues cualquiera agregacion de partes presenta un todo compuesto; y como la materia, en cualquier estado que se la suponga, es extensa y divisible, es por lo mismo esencialmente compuesta. Que la materia es esencialmente compuesta, y por consiguiente extensa y divisible, es una verdad que no se han atrevido nunca á negar ni aun los enemigos mas encarnizados del espiritualismo. Oigamos á uno de ellos: "Cuando decimos que los átomos son seres simples, damos á entender con esto que son puros, sin mezcla; pero que sin embargo, tienen extension, y en consecuencia partes separables por el pensamiento, aunque ninguna fuerza natural sea capaz de separarlas."¹

Pero no solamente la materia es extensa, sino así mismo todas sus cualidades. La magnitud, la solidez, la configuracion, el movimiento, todos los demas atributos que conocemos, suponen partes, son separables, susceptibles de aumento y disminucion: no pueden existir sino en una sustancia extensa y compuesta. Cierto es que algunos materialistas atribuyen á la materia propiedades indivisibles, contando en este número la gravitacion de los cuerpos, la vegetacion de las plantas y la vida del bruto; pero toda la falsedad de esta hipótesis se descubre con un ligero exámen.

No se trata de calificar una idea abstracta de estas cualidades, sino de las propiedades mismas, tales como afectan á nuestros sentidos. La gravitacion, por ejemplo, sigue la razon de la masa. Dóblese esta, triplíquese, &c., y se dobla y triplica la gravitacion: redúzcase la masa á una mitad

1 *Système de la nature*, tom. I, chap. 7.

ó á un tercio, y se verá luego la gravitacion disminuida en la misma in proporcionidada. Luego la gravitacion se descompone lo mismo que los cuerpos, como lo manifiestan esos aparatos que ha inventado el genio de la ciencia, con el fin de graduar hasta las últimas fracciones de aquella fuerza prodigiosa.

Hablando de la vegetacion, se ve que depende en un todo de las partes que la favorecen; y la mejor prueba que de esto puede darse, es que, cortando una parte de la corteza, disminuyendo el jugo, &c., se disminuye la cantidad de su vegetacion. La vida de un animal (si se trata de la vida puramente corpórea), no es otra cosa que el movimiento constante y arreglado de los fluidos que le componen. Cuando un miembro paralizado no recibe jugos vitales, es una parte muerta. La gravitacion, la vegetacion, la vida de un cuerpo, no son pues sino el cuerpo mismo gravitando, vegetando, viviendo; y todo esto con sus partes y por sus partes: en una palabra, no podemos concebir la realidad de estas cosas, que se intentan presentar como simples é indivisibles, sin unir á ellas las ideas de composicion y de partes.

Las observaciones que acabamos de hacer acerca de las cualidades esenciales de la materia y el análisis que teniamos hecho ya ¹ sobre las potencias y facultades del alma, nos suministran los datos necesarios para discurrir con entera confianza sobre la naturaleza del sugeto en quien existe la facultad de pensar. Hemos visto que la materia es esencialmente compuesta y divisible, esencialmente pasiva é inerte; la naturaleza del pensamiento no puede asociarse con un sugeto que tenga estas cualidades esenciales: luego el sugeto en quien él reside no es materia, y por tanto, es un espíritu. Para sentir la fuerza de esta demostracion, examinemos aparte estos dos puntos.

¹ En la obra precedente, titulada *Del pensamiento y su enunciacion*, parte primera, seccion primera.

CAPITULO III.

EL PENSAMIENTO ES ESENCIALMENTE SIMPLE, INDIVISIBLE, E INCAPAZ, POR LO MISMO, DE RESIDIR EN UN SUGETO COMPUESTO Y DIVISIBLE.

Sean cuales fueren las modificaciones y trasformaciones que sufra la materia, ora se convierta en gas, en líquido, ó en sólido, ora sea una fibra ó un nervio, no por esto dejará nunca de ser material, ni se la podrá concebir tampoco sin una sola de aquellas cualidades primitivas y esenciales, bajo las que la vemos constantemente reproducirse: siempre se la verá compuesta, siempre divisible, siempre penetrable, &c., &c. Al contrario sucede con el pensamiento: cualesquiera que sean sus trasformaciones, sus progresos y sus operaciones diversas, supone siempre la existencia de un YO simple, indivisible, y por consiguiente dotado de atributos esencialmente opuestos á los atributos de la materia.

Yo puedo experimentar en un mismo tiempo muchas sensaciones diferentes, como el calor del sol, el sabor de una fruta, el placer de la melodía, la hermosura de una perspectiva: en el mismo momento juzgo cuál de estas sensaciones es mas grata para mí, la escojo, la prefiero; y todo esto á un mismo tiempo, como lo habrá experimentado cualquiera. ¿Cómo explicar este fenómeno sin recurrir á la simplicidad del principio cogitante! Solo un YO indivisible es capaz de sentir en un mismo instante tan diversas afecciones, y juzgar al mismo tiempo de ellas; y como toda materia, aunque sea organizada, es extensa y divisible, es imposible del todo que ese YO sea material. ¿Cómo una partícula de mi cerebro ha podido tener al mismo tiempo cinco movimientos tan diferentes! ¿Y cómo ha podido al mismo tiempo compararles y juzgar de ellos! He aquí un racionio, cuya fuerza confiesan los mismos incrédulos, pues Bayle asegura que sin hipóbole puede decirse, que tiene toda la fuerza de un teorema de geometría. ¹

En efecto, quítese la simplicidad del principio cogitante, y el fenómeno de que tratamos es del todo inexplicable. Porque, ¿quién es este YO que siente, compara y decide á un mismo tiempo! ¿Es un átomo de materia que se mueve á un mismo tiempo en cuatro ó cinco direcciones diferentes!

¹ Nour. de la Republ. des lettres. aout 1684. pág. 110.

Tal supuesto es imposible, pues repugna manifiestamente á las leyes del movimiento. ¿Son por ventura cuatro, cinco ó mas átomos, que se mueven cada uno por su lado? En este caso la conmoción del átomo A no es la del átomo B: este no puede tener la conciencia del movimiento de su vecino y la conciencia de su propio movimiento: luego tampoco es capaz de compararlos, y ménos todavía de juzgar de ellos. Es pues indispensable concluir, que el pensamiento es simple, y por lo mismo incapaz de residir en un sugeto compuesto. ¿Quién ha osado decir nunca seriamente la mitad, la cuarta parte de mi pensamiento, el primero, el segundo instante de mi juicio, un pedazo de duda, un ochavo de eleccion, una fraccion de voluntad! Pensar, juzgar, dudar, racionar, querer, desear, elegir, &c., no son actos susceptibles de extension, de duracion ó de partes.

Sin embargo, han imaginado contra este principio tan evidente una sutileza, con la cual intentan probar la divisibilidad del pensamiento: "Si yo veo un albréchigo, soi herido luego por las dos percepciones, de la redondez y del color: si le tomo en la mano, siento ya otras ideas, las que me suministran su blandura, su frescura y su pesantez: aplicándole á mi nariz, siento el olor; comiéndole, gusto su sabor: reuniendo, por último, estas diversas ideas, como pongo la de un albréchigo. He aquí pues una idea compuesta y divisible. Resulta de aquí tambien, que el pensamiento tiene un principio, una duracion, un término: ó bien, una generacion, una disolucion como todos los otros modos de la materia."

De todo el racionio que acaba de hacerse, lo que se infiere es, que una idea puede ser el resultado de muchas ideas sucesivas, mas nunca un objeto compuesto. Tal sucede con el juicio: no se compone, sino que nace de la comparacion de dos ideas; con el racionio, que es la consecuencia de la comparacion de dos juicios, y no su conjunto: tal, con la idea complexa, que es el resultado y nunca la aglomeracion de muchas ideas. De que una idea se infiera de muchas, no puede concluirse que sea compuesta, pues entenderlo así es confundir la composicion con el resultado. La consecuencia de un racionio es tan simple en mi espíritu, como sus premisas: la idea complexa es tan simple, como cualquiera de las ideas de que me he servido para formarla: porque las ideas precedentes no pueden tonerse como partes de la idea consiguiente. De lo expuesto resulta que, cuando formo con la reflexion la idea complexa del albréchigo, despues de haber ido recibiendo sucesivamente las

sensaciones de cada una de sus cualidades, aquella idea es tan simple, como lo eran las sensaciones.

De la composicion esencial de la materia, y de la simplicidad esencial del pensamiento, resulta con toda claridad, que el pensamiento no puede ser el efecto de la materia. Para entenderlo de otro modo, seria preciso sostener una de tres cosas: ó que la facultad de pensar reside en el conjunto, ó en cada una de las partes, ó en una parte sola: tres hipótesis igualmente ridiculas y absurdas, como vamos á demostrarlo. ¿Cómo suponer que hai en la totalidad del cuerpo una cosa que resulta del conjunto, y que sin embargo no se halla en ninguna de las partes! Pues el hecho es, que este es el grande recurso de los materialistas, y para esto se valen de vários ejemplos, como la simetría, el color verde que resulta de la mezcla de dos colores, el sonido de un piano, &c., &c. Estas especies son bastante débiles, como se conoce al mas ligero exámen. La simetría, por ejemplo, de un edificio, no es mas que una disposicion de sus partes. Todo cuerpo, y toda parte de un cuerpo, tienen precisamente una situacion; pero que esta situacion sea tal ó cual, es una cosa meramente accidental; y de todos modos la simetría no será mas que una reunion de partes, ocupando esta ó aquella localidad; y tanto las partes como la localidad, existen anteriormente á toda colocacion. Cierto es que el amarillo y el azul combinados producen el color verde; pero tambien lo es, que el compuesto no es de una naturaleza diversa que el componente, como lo son la materia y el pensamiento: es un efecto de dos causas combinadas, y no una facultad nueva. Las teclas de un piano, agitadas por la mano del músico, desenvuelven la cualidad sonora que está en las cuerdas, y por consiguiente, el sonido que de aquí resulta es un efecto preciso del cuerpo sonoro. No cabe pues la paridad con el pensamiento; porque si ha de equipararse al sonido del piano, es indispensable suponer que es una cualidad que esencialmente reside en las partes del cuerpo.

¿Y puede sostenerse esto último con seriedad! Si cada uno de los elementos de la materia es una sustancia capaz de pensar, es necesario conceder el pensamiento, no solamente á los animales, sino tambien á las plantas, á los minerales, á todos los cuerpos generalmente, pues todos ellos sin excepcion alguna se componen de átomos materiales. En este caso podemos discurrir así: ó todas estas particulas pensadoras tienen una misma idea, ó cada una tiene la suya diversa: en el primer caso, tendrá el cuerpo tantas ideas de una misma cosa, cuantas particulas le componen; propo-

cion, cuyo ridículo está saltando á la vista: en el segundo caso, será imposible conocer nada, por hallarse dispersas entre los muchos elementos de un cuerpo las ideas de las cosas. ¿No es cierto que conocemos en tanto que comparamos? ¿Y qué comparacion cabe en el supuesto sobre que discurremos! El átomo primero concebirá el objeto A, el átomo segundo, el objeto B, el átomo tercero, el objeto C: ¿quién aproximará estos tres objetos? Toda comparacion indispensablemente supone un ser que compare; y como las sustancias materiales no tienen comunicacion sino por el contacto, podrá un átomo conocer, si se quiere, el pensamiento de su vecino; pero ignorará siempre el de todos los otros átomos que no se hallen en contacto con él. Es pues imposible en tal hipótesis llegar á conocer un objeto compuesto, formase una idea complexa; pues cada parte ó propiedad del objeto no es conocida sino de diferentes partes del cuerpo, separadas las unas de las otras.

¿Habrà, en fin, en el inmenso conjunto de moléculas que componen el cuerpo, una privilegiada, dotada de la facultad de pensar, dueña de todas las ideas y apta para verificar todo género de combinaciones? ¿Y de dónde le vendria á este átomo, tan material como los otros, una facultad que los demas no tuviesen? Pero bien, este átomo privilegiado, ó es compuesto, ó es simple. ¿Es compuesto? Dígase pues, si piensa el conjunto de sus partes, si piensa cada una, si piensa una sola, y respóndase á todos los ratiocinios que acabamos de poner. ¿Es simple? Entónces ya no hai disputa; porque se conviene en la simplicidad de la sustancia que piensa, y se reconoce, aunque con diverso nombre, la espiritualidad del alma. Está pues demostrado, que la composicion, extension y divisibilidad de la materia, son incompatibles con la facultad de pensar.¹ Pasemos á otra prueba.

CAPITULO IV.

EL PENSAMIENTO ES ESENCIALMENTE ACTIVO, Y POR TANTO, NO PUEDE SER EL EFECTO DE NINGUNA SUSTANCIA PASIVA.

Las observaciones generales que hicimos sobre la materia, y las experiencias diarias que se han hecho y se hacen constantemente, nos manifiestan con toda claridad que

¹ Extracto del cardenal de la Lucerna.

aquella es esencialmente pasiva, que conserva siempre su estado mientras un agente exterior no viene á modificarla, y nada hace ni es capaz de hacer por sí misma. No sucede así con el pensamiento; ántes bien, sería inexplicable, si no admitiésemos el principio de actividad que le produce sin cesar. El hombre no solo percibe, sino que atiende, reflexiona, compara sus ideas, forma sus juicios y saca una consecuencia de dos juicios comparados. Yo soi verdaderamente activo, cuando juzgo: suspendo, cuando quiero, la accion de mi pensamiento: fijo mi atencion ó la retiro; no verifico, en suma, ningun acto intelectual, sin que reconozca mi poder. ¿Es capaz la materia de estos actos? ¿Puede ella, lo mismo que yo, presidir á sus modificaciones y gobernar sus movimientos? ¿cuenta por ventura con esta espontaneidad que yo siento, y que guia siempre mis facultades internas? Por otra parte, un movimiento es incapaz de plegarse sobre sí mismo, conservando su direccion; no tiene ni puede tener jamas la conciencia de sí mismo: el directo y el retrógrado son dos movimientos diversos. ¿Sucede lo mismo con la facultad de pensar! el pensamiento directo y el pensamiento reflejo es un pensamiento solo, único, simple, indivisible.

Además de la facultad de reflexionar y juzgar, nuestra alma tiene la de querer. El acto de querer es un acto espontáneo y libre: es así que la materia es incapaz de espontaneidad y libertad, como lo confiesan los mismos materialistas; luego la materia no es capaz de querer: luego esta capacidad supone la existencia de un sugeto inmaterial en quien resida; y por tanto, el alma, donde reside la facultad activa de querer, es una sustancia espiritual.

El cuerpo, como hemos visto y demostraremos mejor en otro lugar, es esencialmente inerte, no tiene en sí el principio del movimiento, ha menester que le venga de otra parte. El alma por el contrario, preside á todos sus movimientos, está dotada de la fuerza motriz, es decir, de un principio interior á cuyo arbitrio está mover el cuerpo, ó variar ó retardar, ó acelerar ó suspender sus movimientos; propiedad incompatible con la inercia de la materia: porque si esta es capaz de comunicar el movimiento que ha recibido, evidentemente no lo es de comenzarle: ponerse en movimiento por sí mismo, es un acto espontáneo, y de consiguiente muy opuesto á la naturaleza de una sustancia pasiva.

Yo siento que se mueve mi brazo: ¿quién le ha movido? ¿Es un cuerpo! este no puede comunicar otro movimiento, que el que haya recibido: si pues le ha recibido de otro cuerpo, á este le habrá sucedido lo propio, y así tendria-

mos que caminar hasta lo infinito. Pero ni puede suponerse una serie infinita de movimientos, ni concebirse tampoco, por mucho que avanzáramos en esta idea, un cuerpo que sea el principio del movimiento: luego, para hallar este principio, es indispensable recurrir á una sustancia espiritual. Por otra parte, mi conciencia me dice que el movimiento de mi brazo es un movimiento primitivo y no comunicado; de donde resulta que, no siendo capaz un cuerpo de imprimir á otro sino un movimiento que tenga ya recibido, mi brazo se mueve no por la organizacion física de mi cuerpo, sino por la fuerza motriz que reside esencialmente en mi espíritu.

En vano los materialistas han pretendido consignar, como un principio, que el alma en sus operaciones y movimientos se rige por unas leyes semejantes á las que obedecen los otros seres de la naturaleza: ¹ porque la mas ligera experiencia de las muchas que suministran las operaciones del hombre, bastan para desmentir esta ridícula falsedad. “¿Qué dirémos de un organista, cuando le vemos á un mismo tiempo recorrer el teclado con los dedos, llevar con los piés el compas, pasar sus ojos por la nota, acompañar con su canto el instrumento que toca, aplicar su oído para calificar el concierto y armonía de la música y el canto? ¿Es por ventura una molécula de materia la que desempeña interiormente la funcion de maestro de música, la que sostiene la medida, combina y concuerda las sensaciones, las ideas? ¿es ella la fuerza motriz que hace de estas diferentes piezas un solo todo y único concierto?” ² Esta diversidad de actos subordinados todos á un designio fijo, nos conducen á reconocer una fuente de accion y de movimiento en el principio cogitante, la cual nada tiene de comun con el movimiento pasivo de los cuerpos.

Algunos materialistas han imaginado equiparar el movimiento de los cuerpos con el pensamiento del alma: de este falso supuesto han inferido algunos que el alma es tan pasiva pensando, como el cuerpo moviéndose; otros han supuesto que el movimiento es inmaterial, para inferir de aquí que, aunque lo sea el pensamiento, no hai inconveniente ninguno en atribuirle á la materia; otros, finalmente, han llevado el absurdo hasta sostener que el movimiento es la causa del pensamiento. Para comprender cuán fútiles son estas especies, no se necesita mas que asignar las diferencias esenciales que median entre el movimiento y el pensamiento.

¹ Siat. de la Nat. t. 1, c. 13, pág. 257.

² Bergier.

¿Puede concebirse un movimiento sin una materia movida? ¿No es cierto que cuando un cuerpo se mueve, se mueven tambien sus partes? Yo puedo mover algunas partes de un cuerpo, dejando las otras en quietud; luego el movimiento es divisible; puedo acelerarle ó retardarle; luego es susceptible de mas y de ménos, y en consecuencia es compuesto. Tiene pues el movimiento divisibilidad y composicion; luego tiene las propiedades esenciales de la materia, y es por tanto un absurdo tenerle como inmaterial. “Si comparamos, dice un escritor célebre del siglo pasado, las diversas operaciones de la sustancia que piensa, con las leyes constantes del movimiento, quedáremos convencidos hasta la evidencia, de que este no puede ser el principio de nuestros pensamientos. Yo pienso, y al pensar, siento que pienso; vuelvo sobre mi pensamiento por la conciencia que tengo de él, por la reflexion que hago sobre él; mas el movimiento de la materia no puede volver sobre sí mismo, no es capaz de tener á un mismo tiempo una direccion recta y una retrógrada, lo cual seria indispensable para que volviese sobre sí mismo sin abandonar un instante su direccion actual.”

“El pensamiento es una cosa permanente; el movimiento es una cosa siempre transitoria: deja de moverse la fibra de mi cerebro, mas no cesa la accion de mi pensamiento: ¿de dónde resulta pues la constancia de este? ¿acaso de una conmocion pasajera?”

El movimiento es una cosa actual, porque nunca se ha podido mover un cuerpo ni en el tiempo pasado ni el futuro; mas la facultad de pensar nos hace vivir por la memoria en los tiempos pasados, y nos traslada con la prevision al porvenir.

Todo movimiento está reducido á una parte del espacio, no puede ir á otro lugar sin abandonar el que tenia, ni es capaz de adelantarse, una sola línea, sobre la extension que actualmente ocupa: el pensamiento al contrario, es dueño, digámoslo así, de la extension universal; abraza cuanto ha existido, existe ó puede existir; comprende todos los espacios reales ó posibles, y se eleva, por último, hasta la region de lo infinito.

Es incapaz la materia de darse á sí misma el movimiento que tiene; yo siento que me doi á mí mismo nuevas ideas, y que mi voluntad imprime á los miembros de mi cuerpo el movimiento que le agrada.

Un cuerpo movido no puede cambiar de direccion, sino por el impulso de una fuerza superior á la suya, que le obligue á tomar otra línea; al paso que yo, sin salir de mí mismo, cam-

bio de pensamiento, abandono un objeto para tomar otro, paso de una contemplacion á un deseo, de este á una aversion, &c., y siento que de mi voluntad pende el conservar ó cambiar el movimiento de mi cuerpo.¹

Es una lei constante del movimiento, que el cuerpo que le imprime pierde tanto movimiento como el que ha comunicado; en vez de que yo, no solo conservo las ideas que comunico, sino que las doi con esto mas duracion: ensancho con la palabra el círculo de mis ideas, me fecundo hablando, enseñando aprendo; y al choque de una controversia, me sorprende en el alma con algun importante descubrimiento. Concluimos pues con Locke, que el movimiento no puede hacer nunca nacer el pensamiento, y que es tan superioresse á las fuerzas del movimiento y á los recursos de la materia, cuanto lo es á la nada producir la materia.²

En fin, para suponer que la materia piensa, seria necesario suponer que el pensamiento es esencial, ó por lo ménos accidental á la materia. ¿Podrá decirse lo primero? Hemos visto en otra parte,³ y es una verdad por todos confesada, que no merece el nombre de esencial, sino única y exclusivamente aquello sin lo cual una cosa no puede existir, ni aun concebirse. Luego el pensamiento no es esencial á la materia, porque se la puede concebir, se la concibe de facto, y existe aun, segun la confesion de los materialistas, sin pensar. En efecto, ellos mismos, cuando se esfuerzan por atribuir el pensamiento á la materia, se reducen á la materia organizada, dejando á la inorgánica sin la facultad de pensar.

¿Y qué diremos de la materia organizada? “Si un cuerpo es capaz de sentimiento, cuando está colocado en los nervios ó en el cerebro, lo será igualmente en cualquiera otro punto que se halle; y si un átomo de aire v. g. está destituido de sentimiento, no podrá llegar á ser capaz de él en cualquiera trasformacion que sufra. Así como un cuerpo que no tiene presencia local es incapaz de adquirirla, así tambien un ser, que no tiene la facultad de pensar, es imposible que la adquiera por un cambio de situacion. Es pues indispensable, ó negar que algunos cuerpos piensen, ó sostener que todos los cuerpos piensan; y esto último es un absurdo tan grande, que ni los materialistas mas aferrados se han atrevido á sostenerlo. Como la colocacion de los órganos se reduce á un movimiento local, si las partes organiza-

1 Extracto del cardenal de la Lucerna.

2 Essai sur l'entendement humain, lib. IV, chap 26, § 10.

3 De la Ontología, § 85, pág. 80.

das no han tenido el don de pensar, ántes de ser organizadas, tampoco le tendrán despues de su organizacion; pues esta, como se ha visto ya, no es otra cosa que una nueva disposicion de estas partes.”

“Si el sentimiento es una propiedad de cierta porcion de materia, es evidente que tal porcion no puede perder un sentido sin adquirir otro; así como un cuerpo no puede perder una figura sin adquirir otra. Si pues una porcion de materia siente en un cuerpo vivo, sentirá tambien en un cadáver; absurdo igualmente palpable que el anterior.”¹

¿Podrá decirse que el pensamiento es accidental á la materia? Seria un absurdo. Las modificaciones accidentales de toda sustancia no son sino los modos con que se desenvuelven sus atributos esenciales. Cualquiera de estos no puede estar en general en una sustancia, sino de una manera particular, y esta manera particular es lo que propiamente se dice modo ó accidente. De aquí resulta, que para tener el pensamiento como accidental á la materia, seria necesario suponer que pensar era ser extenso de este ó del otro modo, tener esta ó aquella figura, ocupar esta ó aquella localidad, moverse con mas ó ménos lentitud ó rapidez, tener una superficie mas ó ménos tersa; y aventurar otros absurdos de esta misma clase; porque, como se ha dicho, los accidentes de un cuerpo no son mas que los diversos modos con que se presentan sus atributos esenciales.

CAPITULO V.

TESTIMONIO UNANIME DE TODOS LOS PUEBLOS EN FAVOR DE LA ESPIRITUALIDAD DEL ALMA.

“La espiritualidad del alma, dice Bergier, lo mismo que la existencia de Dios, es una creencia universal, un testimonio constante que la humanidad se da siempre á sí misma, es la fe del género humano. Antes que hubiera filósofos, ningun pueblo, ningun ser racional estaba persuadido de que la materia pudiese pensar. A pesar de los sofismas de Epicuro, la espiritualidad del ser que piensa, es un dogma generalmente admitido. Si hai una verdad que la naturaleza dicte á todos los hombres, es la diferencia entre el espíritu y la materia. No se hallará pueblo ninguno que no tenga pala-

1 Bayle, Dict. crit. Dicéarque.

bras diversas para explicar estas dos sustancias: todos entienden, bajo el nombre de *espíritu*, un ser que conoce, que siente su existencia, que tiene la conciencia del YO individual, que tiene el poder de obrar y mover á la materia."

"Si se han encontrado naciones bastante ciegas para dar un culto á los animales, no las ha habido por cierto bastante estúpidas para creer que el hombre no es mas que un animal. La supersticion de las primeras estaba fundada en un principio directamente contrario al materialismo, es decir, en la suposicion de que un genio estaba alojado en el cuerpo de los animales. Ninguna opinion verdadera ó falsa, universalmente extendida, ha tenido nunca por basa el materialismo.

"Es ridículo ver á los filósofos empeñarse tanto por descubrir en la antigüedad el primer pueblo que creyó en la espiritualidad del alma. Los unos se detienen en los egipcios, otros en los tracios ó en los gaulas, algunos en los indios, y todos ellos se ponen con mucha formalidad á establecer la genealogía de este dogma. ¿No hubiera sido un camino mas corto, una tarea ménos laboriosa, citar alguna nacion que hubiese profesado el materialismo?"¹ Pero este habria sido el mayor embarazo para ellos: no ha existido jamas una nacion de esta clase, y hubiera sido, por tanto, el suponerla, una empresa tan arriesgada, como arrojar la máscara y vender sin disfraz á todo el género humano una de las mas insignes imposturas de que fuera capaz la filosofía mas corruptora. Pero siempre será cierto que el empeño tenaz y siempre inútil de señalar el primer pueblo que creyó en la espiritualidad del alma, es una prueba que nos han suministrado, sin quererlo, de que esta creencia es la de todos los pueblos en todas las edades del mundo.

Si los sabios son y han sido en todas épocas los mejores intérpretes de las creencias comunes, su testimonio deberá ser en el caso una irrecusable prueba del concepto que se ha tenido siempre sobre la naturaleza del alma. Cierta es que no han faltado algunos que, sin embargo de honrarse con el título de sabios, han desmentido en sus escritos sus propias convicciones, y consagrado una parte de ellos á combatir aquellas verdades que la misma naturaleza parece que se anticipa á revelar á los hombres; pero las naciones tienen su criterio, y la posteridad, que mui raras veces se equivoca, sabe mui bien hácia dónde conviene dirigirse, para consultar los oráculos de la sabiduría. Podríamos citar nosotros esa

¹ Bergier.

multitud de escritores insignes que, ilustrando con sus obras los fastos de la Iglesia, han derramado siempre la luz sobre las mas importantes cuestiones, y ensanchado por donde quiera el dominio de las ciencias; pero de intento los omitimos, ya porque son mui sabidas sus opiniones, ya, principalmente, porque á la vista de ellas no faltaria quien les acusase de parcialidad, aunque sin fundamento ninguno. Ocurriendo pues á otra fuente, escuchemos á toda la antigüedad por la boca del mas ilustre y grande de todos sus intérpretes. "Así como á la vista de las obras de Dios, juzgáis de su existencia, dice Ciceron, aunque no caiga bajo vuestros sentidos, así tambien, aunque vuestra alma sea invisible, la memoria, la inteligencia, la actividad, todas las perfecciones que la acompañan deben persuadirnos de que ella tiene un carácter divino. . . . ¿Cuál es su naturaleza? No puede dudarse, á no ser que ignoremos del todo las ciencias físicas, que el alma es una sustancia mui simple, que no admite mezcla ninguna ni composicion, y que es, por consiguiente, indivisible."¹

Plutarco dice, que Pitágoras, al pretender que el alma era un número, entendia por esta palabra un puro espíritu; que Platon hacia de ella una sustancia dotada de inteligencia; y que Aristóteles queria que fuese un acto primitivo. Todos estos, continúa Plutarco, establecian que el alma está destituida de cuerpo, atribuyéndole una naturaleza que se mueve por sí misma.² Ciceron atestigua que tal era la opinion de estos filósofos y sus innumerables discípulos. Hablando de Xenócrates, sectario de Pitágoras, dice que este filósofo negó que el alma tuviese una figura y fuese como un cuerpo:³ dice de Aristóteles, á quien mira como el primer filósofo despues de Platon, que á mas de los cuatro elementos admitia una quinta naturaleza, que es la inteligencia, y reconocia toda la incapacidad de los elementos materiales para producir el pensamiento.⁴ La opinion del mismo Ciceron, que es la de toda la secta académica, no puede ser dudosa, si fijamos la atencion en los precisos términos con que la desenvuelve. "No es posible, dice, hallar en la tierra el origen de las almas, porque nada hai en ellas de mixto ni compuesto, nada que nos haga buscar su principio en la tierra, en la agua, en el aire y en el fuego. Ninguno de estos

¹ Quæst. tusc. lib. 1.º cap. 25, et 29.

² De Placitis philosoph. lib. IV, cap. 2. et 3.

³ Tuscul. lib. 1.º cap. 10.

⁴ Ibid.

“elementos tiene la poderosa fuerza de producir la memoria, la inteligencia, la reflexion; de recordar lo pasado, prever lo futuro, abrazar lo presente. No hallaremos nunca el manantial de donde haya recibido el hombre estas cualidades divinas, si no nos remontamos á Dios. De aquí resulta pues, que el alma es de una naturaleza singular, y que nada tiene de comun con los elementos que conocemos. Sea cual fuere la naturaleza de un ser que tiene sentimiento, inteligencia, voluntad, principio de vida, este ser es celestial, es divino, es inmortal. El mismo Dios nunca se nos presenta sino bajo esta idea de un espíritu puro, sin mezcla, depurado de toda materia: espíritu que todo lo conoce, que todo lo mueve, y que tiene de sí mismo un eterno movimiento. Tal es, y del mismo género, el alma humana.”¹

Se sabe también cuáles fueron las opiniones de Platon: con harta frecuencia descubrimos en sus escritos los testimonios mas completos en apoyo de la espiritualidad del alma. En el Phedon dice que es una sustancia simple, para inferir de aquí que es indisoluble: en el diálogo que intitula *Alchibiades*, hace ver que el alma es una sustancia diversa del cuerpo, y propiamente hablando, la que constituye al hombre. No profesaban diferentes principios sobre este punto Longino y Plotino, discípulos de aquel gran filósofo.²

El unánime testimonio de estos autores insignes, y de la multitud innumerable de filósofos que pensaron como ellos, nos manifiesta claramente que en toda la antigüedad no fueron ménos peregrinos y exóticos los materialistas, que en los tiempos modernos, y por consiguiente, que el dogma de la espiritualidad del alma fué y ha sido siempre la creencia del género humano.

¿Por qué triste fatalidad el hombre se esfuerza tanto por sepultar en el fango su mas bello privilegio, el que le exalta maravillosamente sobre todas las demas criaturas que pueblan el espacio! A no verlo con nuestros propios ojos, seria del todo imposible sospechar que hubiese un hombre tan rastrero que cambiase por la materia bruta el origen divino del pensamiento. No basta ser impío; es preciso haber tocado el último grado de corrupcion, para sufragar en favor del monstruoso sistema del materialismo. “¿Qué! dice Rousseau, yo puedo observar, conocer los seres y sus relaciones; puedo sentir lo que es el orden, la belleza, la virtud:

¹ Tuscul. lib. 1.º cap. 28.

² Euseb. Prepar. evang. lib. X, cap. 21.

“puedo comparar el universo, elevarme hasta la mano que le gobierna; puedo, en fin, amar el bien y practicarle, ¡y habia de tener el delirio de compararme con las bestias! Alma abyecta, tu triste filosofía es la que te hace semejante á ellas; ó mejor diré, en vano aspiras á envilecerte: tu genio depones contra tus principios; tu corazon benéfico desmiente tu doctrina; y el mismo abuso de tus facultades, á despecho tuyo, prueba su excelencia!”

CAPITULO VI.

TESTIMONIO DE LA SANTA ESCRITURA EN FAVOR DE ESTA VERDAD.

Después de haber consultado el testimonio de nuestra conciencia, seguido fielmente los resultados de una observacion filosófica, y advertido cuál es y ha sido siempre la creencia de los pueblos acerca de la naturaleza del alma, es muy grato para nosotros subir al origen de las cosas, abrir la primera página de la Santa Escritura, y ver en la causa del hombre el carácter de su alma, la excelencia de su naturaleza y el *por qué* de aquella dignidad suprema con que se manifiesta entre el conjunto inmenso de los seres que Dios hizo salir de la nada. La religion va siempre delante de la filosofía: cuanto esta tiene de mas admirable y portentoso, aquella lo comprende entre las sencillas instrucciones con que ilustra la razon del pueblo creyente.

“Cuanto nos enseña la Sagrada Escritura sobre la creacion del universo, dice Bossuet, no es nada en comparacion de lo que nos dice acerca de la creacion del hombre. Hasta aquí todo lo habia hecho Dios mandando: “Hágase la luz, dice, extiéndose el firmamento en medio de las aguas: retírense estas; quede descubierta y germine la tierra; haya grandes luminares que dividan el día de la noche; salgan aves y peces del seno de las aguas, y que la tierra produzca los animales todos segun sus especies diferentes. No sucede así cuando trata ya de producir al Hombre, porque entónces usa de un lenguaje enteramente nuevo: “*Hagamos al Hombre*, dice, *á nuestra imágen y semejanza.*”

No es esta aquella palabra imperiosa y dominante, sino una mas dulce, aunque no ménos eficaz. Celebra Dios un

¹ Emile t. 3.º pag. 60.

consejo consigo mismo, á fin de hacernos comprender cuánto excede á todas las obras que ha hecho hasta aquí, la grande obra que ahora intenta producir.

“La palabra de consejo, de que se sirve Dios, denota que la criatura que va á ser hecha, es la única que puede obrar por consejo y por inteligencia. No es ménos extraordinario todo lo que sigue; porque si en la historia del Génesis no habíamos llegado á ver hasta aquí sino el dedo de Dios aplicado á una materia corruptible, ahora le vemos á él mismo, para formar el cuerpo del hombre, tomar un poco de tierra, y nos sorprendemos al ver que este barro grosero se amolda bajo las manos del Criador, para recibir la mas bella, noble y elegante figura que jamas habia parecido en el mundo.”

¿Y qué diremos de la manera con que produce al alma? Este es el colmo de las maravillas que arrastran y encadenan la admiracion en estos primeros dias del universo: no la saca de la materia; la *inspira* de lo alto; es un *soplo* de vida que baja de otra region, á fin de animar este cuerpo organizado.

“No es este el origen de la especie animal: toda ella salió de la materia; y si goza tambien de una vida, no es la vida del hombre, sino una vida bruta y bestial, á la que Dios no comunicó mas accion, que movimientos dependientes del cuerpo. El bruto, tal como es, ha salido del seno de las aguas y de la tierra; pero esta alma cuya vida debia ser una imitacion de la de su autor; esta alma que habia de vivir, como él, de razon y de inteligencia; que debia estarle unida por la contemplacion y el amor, y que por esta razon ha sido hecha á su imágen, no podia ser en manera alguna sacada de la materia. Haciéndola de la materia, pudo formar Dios un bello cuerpo; mas por mucho que se esmerase en esta obra, era imposible que en ella encontrase nunca su imágen y semejanza. El alma hecha á su imágen; el alma que puede ser feliz poseyéndole, debia por tanto ser el objeto de una nueva creacion, debia venir de lo alto, debia ser un espíritu; y he aquí lo que significa ese *soplo de vida* que Dios saca de sus labios para criarla. ¹

1. Prueba extractada del Discurso sobre la historia universal. 2. º parte, cap. 1. º

CAPITULO VII.

CONCLUSION DEL LIBRO PRIMERO.

Despues de haber observado el carácter de las potencias, facultades y operaciones de nuestra alma, para comprender la naturaleza del pensamiento, entramos al exámen de las cualidades esenciales de la materia, comparamos esta con aquel, y viendo por una parte la *extension*, la *composicion* y la *inercia*, y por otra la *simplicidad*, la *actividad* y la *fuerza motriz*, nos vimos precisados á reconocer que la materia no puede ser el principio del pensamiento, y por tanto, que el alma es una *sustancia espiritual*. Este preciso y neto resultado de la observacion, íntimamente conforme con el testimonio de nuestra conciencia, nos hizo comprender el origen de ese consentimiento unánime de todos los pueblos acerca de la espiritualidad del alma; y al ver de este modo la significacion de estas palabras del Génesis, Dios le *comunicó* (al hombre) un *soplo de vida*, adquirimos sobre la espiritualidad del alma aquella fuerza de conviccion que suministran el íntimo testimonio de la conciencia, el dictámen de la razon, la fe del género humano y la voz del mismo Dios. Pero despues de haber manifestado cuán absurdo es el materialismo, permítansenos concluir este libro primero, haciendo ver hasta qué punto es peligroso y funesto.

La prueba de esta verdad se encuentra en los mismos escritos de los materialistas. He aquí cómo se explica uno de los mas entusiastas: “Si queremos formarnos, dice, ideas claras de nuestra alma, debemos someterla á la experiencia. Renunciemos á nuestras preocupaciones; demos de mano á nuestras conjeturas teológicas; rasguemos esos velos sagrados que no tienen por objeto sino cegarnos y confundir nuestra razon. Que el físico, el anatómico y el médico reunan sus experiencias y observaciones, con el fin de enseñarnos lo que debemos pensar de una sustancia que tanto empeño se ha tomado en hacer inoconocible. Que sus descubrimientos enseñen al moralista los verdaderos móviles que deben influir en las acciones de los hombres; á los legisladores los motivos que deben poner en uso para excitarlos á trabajar en el bien de la sociedad; á los soberanos los medios de hacer verdadera y sólidamente felices á las naciones que están sometidas á su poder. Almas físicas y necesidades físicas exigen una felicidad física y objetos reales, preferibles á las quimeras

“ con que se ha alimentado el espíritu despues de tantos siglos. Trabajemos en lo físico del hombre, hagámosle agradable, y mui pronto verémos mejorada y mas dichosa su parte moral. Entonces, estando su alma pacífica y serena, y determinada su voluntad á la virtud, por motivos naturales y palpables que se le presenten, ya podrán lisonjearse los legisladores, mediante el cuidado que tomen en la parte física, de formar ciudadanos sanos, robustos y bien constituidos, que, hallándose felices, se franquearán á las impresiones útiles que se intente comunicar á sus almas. Al contrario, estas almas serán siempre viciosas, y las naciones infelices, cuando los cuerpos sean achacosos y dolientes.”¹

Todo este párrafo, que puede mirarse como la profesión de fe de los materialistas con respecto de la moral, de la legislación y de la política, basta para formarse un concepto mui claro de todos los desastres que precipitaria sobre el género humano el monstruoso sistema del materialismo. Nótese con cuidado la inteligencia y el enlace de todas las cláusulas que en el citado párrafo se contienen, y se verá de bulto la destruccion completa de la moral, de la legislación y de la política, el exterminio absoluto de la religion y de todas las creencias que mantienen la sociedad.

En la primera cláusula desea el autor que renunciemos á *nuestras conjeturas teológicas*. ¿Y qué entiende por *conjeturas teológicas*? Las luces que nos suministra la revelacion para instruirnos á fondo sobre nuestro origen, nuestro fin y nuestros deberes. Quiere que rasguemos *los velos sagrados*, es decir, que trasapemos los límites que Dios ha puesto á nuestra razon, y consultemos á la materia sobre nuestras obligaciones morales.

Para confirmarnos mejor en esta inteligencia, basta notar lo que se dice en la cláusula segunda: El *físico*, el *anatómico* y el *médico* deben ser nuestros maestros y consultores, cuando se trata de la naturaleza del alma, del carácter del pensamiento, de las reglas de la conducta.

¿Hai en esto exageracion! Léase la cláusula tercera: *Los descubrimientos de aquellos deben enseñar, á los moralistas, los verdaderos móviles que deben influir en las acciones de los hombres; á los legisladores, los motivos que deben poner en uso, &c., y á los soberanos, los medios de hacer felices á las naciones.* ¡Admirable descubrimiento! El conocimiento del hombre moral está reducido á la noticia de su constitu-

¹ Système de la nature, tom. chap. 7.

cion orgánica, y se puede ya regir una sociedad de un modo tan fijo y tan mecánico, como un hortelano puede cultivar su huerta.

¿Qué consecuencia inferir de aquí! Léase la cláusula cuarta: *Almas físicas exigen una felicidad física, &c.* He aquí al hombre perfectamente nivelado con el bruto: todo está reducido á nutrirse y á lisonjear los sentidos. La inmortalidad *del alma no es mas que una quimera*, todo está contenido en el orden temporal; y pues solamente se trata de almas físicas y felicidad física, Dios queda excluido por este mismo hecho del templo de la moral, de las relaciones humanas, y por consiguiente de la felicidad.

No hai virtud ni vicio, porque segun este bello sistema los mas robustos son los mas virtuosos, como se ve en la cláusula penúltima; y los *flacos, enfermizos, &c.*, son los mas viciosos. Nada importa que un hombre nos presente el modelo de la fidelidad conyugal, de la vigilancia paternal, del verdadero patriotismo, porque si desgraciadamente adolece de alguna enfermedad, ya debe reputarse como un monstruo de execracion; al contrario, bien puede cualquiera meterse á salteador de caminos con tal que esté robusto y bien constituido, pues esto le basta para pasar por un Aristides.

Tales son las consecuencias del materialismo. Desde que se niega la espiritualidad del alma, es preciso aventurar tamaños absurdos y destruir de un golpe la moral, la legislación y la política, aniquilar los temores y las esperanzas que contienen al súbdito y al soberano, y declinar, por último, en el ateísmo. “Así es como, segun las ideas del materialismo, el honor, la probidad, la virtud, todas las cualidades morales dependen absolutamente de la bondad del temperamento. Los hombres bien constituidos y que gozan de una salud robusta son para los materialistas los ciudadanos virtuosos. Y vosotros, á quien un cuerpo débil, una constitucion delicada, una salud mui lánguida someten á las enfermedades, unís á la desgracia de vuestros sufrimientos la desgracia de no poder ser honrados. Moralistas, legisladores, soberanos, id pues á las escuelas de medicina á recibir lecciones de virtud, de sabiduría y de gobierno. No se espere que yo me ponga á combatir estos locos y ridículos sueños, porque ellos llevan en sí mismos su refutacion.”¹

¹ El cardenal de la Lucerna.